La pluma

Avelina Chinchilla Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

La encontró en el desván de la vieja casa de su abuelo, cuando fue a poner todas sus cosas en orden tras su repentino fallecimiento. Era su único pariente vivo, ya que su padre, hijo del finado, había muerto en un trágico accidente junto a su madre, cuando él era todavía muy niño. También su esposa y hermanos habían tenido a bien abandonar este mundo de forma anticipada, así que el abuelo Edelmiro había pasado los últimos años de su vida en una soledad casi monacal, al cuidado de la fiel sirvienta Rosalía, que lo había querido y mimado hasta el último momento y que había aliviado con su presencia y afecto el tránsito hacia su última morada. Ella misma era la que se había encargado de darle aviso, cuando percibió próximo su fin. Pero una desafortunada fatalidad hizo que su vuelo desde Nueva York, ciudad en la que residía desde hacía algunos años por motivos laborales, se retrasara lo suficiente como para no haber podido despedirse de su querido abuelo en vida.

Lo cierto es que tenía muchas razones para sentir afecto por él. A la muerte de sus padres, en ese desgraciado accidente, se ocupó de darle un hogar y trató de mitigar la terrible pérdida que había sufrido del mejor modo posible. Se entregó a él en cuerpo y alma, ejerciendo casi más como padre que como abuelo. También insistió en darle una exquisita educación que le había permitido ganarse la vida con solvencia. Siempre le decía:

—Yo ya soy muy viejo, hijo. Sabes que no podrás contar conmigo durante mucho tiempo y tendrás que sacarte tú solo las castañas del fuego.

Cuando, por azares del destino, le surgió esa oportunidad, como profesor de español en Nueva York, le insistió mucho para que la aceptara.

—Es tu momento —le dijo—. Tienes que mirar por tu futuro. Yo ya no tengo nada más que el despertar de cada mañana.

Y a regañadientes, aceptó el puesto.

No se podía, si quiera, cuestionar, el hecho de que su abuelo le había aconsejado casi siempre bien, y esa no había sido una excepción. Gracias a su insistencia llevaba una vida acomodada y era respetado en la universidad donde impartía sus clases. La única pena que le atormentaba era que, desde que se había marchado de España, no había vuelto a verlo en persona, a pesar de que lo estimaba y quería como a un padre. En compensación, habían mantenido una cálida relación epistolar que había

persistido, en el tiempo, tan fresca e intensa como el primer día y que solo se había interrumpido con la muerte del abuelo. Por eso le pareció bastante insólito que nunca le hubiera escrito con aquella magnífica pluma que acababa de encontrar entre sus artículos personales, y que un objeto de semejante calidad y belleza estuviera relegado a un rincón olvidado del desván.

Se trataba de una pluma enteramente de cristal. La empuñadura tenía un dibujo de rayas negras y blancas, más gruesa por la base y en disminución conforme ascendía en espiral, adaptándose al calibre de la misma. El plumín también era de un cristal transparente, exquisitamente tallado. Lo primero que se le ocurrió fue que, tal vez, tuviera alguna tara y su escritura fuera defectuosa, pero tras revolver algunos cajones encontró un tintero con algún resto de tinta fresca y pudo comprobar, a pesar de su primera sospecha, que su escritura era bella y perfecta. Aquella noche no pudo dormir obsesionado por el misterioso hallazgo. Nunca recordaba haber oído hablar de semejante objeto. Tampoco lo había visto jamás en manos de su abuelo, por mucho que había intentado bucear en lo más profundo de su memoria.

En cuanto se levantó por la mañana bajó al pueblo y compró tinta negra de la marca Parker. A continuación, se dedicó a escribir con fruición a viejos amigos y conocidos de los que no había sabido nada en muchos años. Eran cartas bastante tópicas, en las que les daba cuenta de su vida actual y preguntaba, de manera cortés, por la de sus amigos: si se habían casado, si habían tenido hijos, si su vida les satisfacía… ¡en fin!, si habían logrado de algún modo realizar sus sueños de juventud. En realidad, las cartas no eran más que una excusa para utilizar esa pluma que lo tenía absolutamente fascinado.

Dedicó algunos días más a seguir revisando las cosas de su abuelo, pero no encontró nada tan interesante, ni de lejos, como la pluma. Tan solo algunos viejos libros, ya descatalogados, los consideró dignos de conservación. Como esos días coincidieron con un periodo vacacional en su universidad, decidió pasar algunas semanas más en la vieja casa de su abuelo. La anciana Rosalía lo seguía tratando como cuando era niño, obsequiándole, además de con su cariño incondicional, con sus maravillosas comidas caseras y sus exquisitas meriendas. Le pasaron los días casi sin sentir.

A pesar del motivo luctuoso de su viaje, se había reencontrado con la patria de su niñez y fueron, en cierto modo, días felices. Sin embargo, cuando llevaba alrededor de unas dos semanas de agradable estancia en el caserón, comenzaron a llegarle mensajes inquietantes en relación a las cartas que había escrito. Todos tenían contenidos similares. En algunos casos escribía la viuda, en otros el padre, la madre e incluso en un par de ocasiones los hijos de sus antiguos amigos, ya huérfanos. «Lamento informarle de que mi querido esposo, hijo, o padre —según fuera el caso— ha muerto de forma inesperada a causa de…», y ahí era donde había mayor número de variantes en cuanto a las explicaciones: un repentino accidente, un ataque cardiaco, un infarto cerebral… Las personas que enviaban las misivas se excusaban, aun en su dolor, por tener que darle tan ingratas noticias respecto de sus familiares recién fallecidos.

Todo ese aluvión de fatídicas noticias lo desconcertó y entristeció de forma muy notable. En la práctica, se podía decir que la mayoría de sus amigos de juventud habían fallecido en el plazo de unos pocos días. Eso, unido a la pérdida de su abuelo, había vuelto de pronto lúgubre aquella casa en la que antaño había sido tan feliz. Por ese motivo decidió adelantar su regreso a Nueva York, aunque optó por llevarse la pluma consigo. Se había encariñado tanto que le resultaba imposible desprenderse de ella.

Al cabo de dos meses regresó de nuevo a España, ya que el notario tenía que dar a conocer, de forma oficial, las últimas voluntades de su abuelo. Llegó con el tiempo justo para la lectura del testamento. Como es lógico, no hubo muchas sorpresas ya que él era el heredero universal. Era libre para disponer de la herencia de su abuelo y vender la vieja casa, algo que, después de los últimos acontecimientos, estaba deseando hacer. Además, el dinero obtenido por la venta le vendría de maravilla, porque estaba preparando su boda para el siguiente verano. Había conocido Tracy en la misma universidad donde él trabajaba, ya que había sido becaria en su departamento. Al terminar ella los estudios fue cuando formalizaron su noviazgo. En cierta forma, pues, también le debía al abuelo la felicidad y estabilidad personal de la que gozaba, ya que de no haber aceptado el aquel puesto nunca hubiera conocido a la que pronto sería su esposa.

Sin embargo, la única rareza del testamento hacía referencia, de manera expresa, a la pluma. También se la legaba, por descontado. No obstante, le prohibía de manera taxativa, aunque sin dar explicación alguna, que la

utilizara para escribir cartas personales.

De repente, un retazo de su memoria tomó forma y recordó como, del bolsillo de la chaqueta de su padre, el día del fatídico accidente, se había rescatado una misiva del abuelo. Ahora sí recordaba a la perfección su esmerada letra y la escritura magnifica que debía de corresponder, sin duda alguna, a esa pluma. Entonces, fue capaz de revivir con nitidez el mensaje: «queridos hijos, disfrutad de vuestros bien merecidos días de descanso, que yo mientras tanto me haré cargo de mi amado nieto».

En ese momento fue capaz de relacionar, por primera vez, el veto de su abuelo respecto de la pluma, con el escueto mensaje recuperado del cadáver de su padre y, a continuación, con las extrañas muertes acaecidas a todas aquellas personas a las que él había escrito con ese artículo, al que ahora ya no dudaba en calificar de siniestro.

Por un momento, sintió que su corazón se constreñía como si se lo apretaran con un puño de hierro, mientras era presa de un dolor insoportable que lo traspasaba de parte a parte, al mismo tiempo que le venía a la memoria, con el terror reflejado ya en el rostro, la nota de despedida que le había escrito a su novia con esa pluma maldita, justo antes de partir hacia España. Se la sacó del bolsillo de la camisa y la estrelló contra el suelo preso de una furia incontenible. Esta quedó rota en mil añicos que refulgían desde el suelo y parecían burlarse de su infinito dolor. Por primera vez en su vida su corazón albergó un oscuro rencor hacia la figura de su abuelo, y sin poderlo evitar, maldijo su nombre, Edelmiro, en voz alta.